



Vasos de piedras duras, con la colección de copas con camafeos, las grandes bandejas son de diasprio y el frutero central de lápizlázuli, llamado «Vaso de los dragones».



Vasos de piedras duras con el famoso «Salero de ónice con sirena de oro», el vaso abarquillado del dragón, la gran bandeja y el jarro son de diasprio y la copa de calcedonia.

ENTRE las insignes riquezas pictóricas que guarda el Museo del Prado, emerge como una isleta de asombrosa y riquísima artesanía el conjunto de piezas conocido con el nombre de Tesoro del Delfín. Este príncipe—el Delfín—fué el primogénito de Luis XIV, y murió reinando aún su padre, en 1712; la venida de sus alhajas a España debió a la herencia que, como hijo del Delfín, correspondía al nuevo rey asentado en el trono español, Felipe V.

Aquel conjunto (120 piezas en total, actualmente), aunque fué considerado como herencia particular, tiene su procedencia indudable en los bienes de la Corona de Francia, ya que estas colecciones son casi imposible de reunir si no proceden de la riqueza de las Casas reinantes. El Tesoro del Delfín es una muestra excepcional de las artes decorativas de los siglos XVI y XVII.

La historia de Francia puede ayudarnos a suponer por qué circunstancias hubieron de llegar al Tesoro real estas espléndidas piezas de vajilla de lujo y de adorno, si recordamos, en primer lugar, cómo la rivalidad entre Francisco I y Carlos V originaron agotadoras y continuas guerras en suelo italiano, en disputas por la posesión del Milanesado y el reino de Nápoles, y cuán vivísimo fué para los franceses el deslumbramiento experimentado ante la cultura, el arte y la refinada y lujosa vida de aquellas comarcas. Conocido es el grupo de artistas italianos que Francisco I lleva después consigo a su corte para transformarla y embellecerla. De este modo, las auras del Renacimiento crean la corte de Francia. Historiadores como Comynes y señores como André de la Vigne y Juan de Aulon llenan sus escritos de alabanzas ante estos primeros maravillosos contactos.

Las artes suntuarias empiezan a ser imprescindibles también para los cortesanos, y los casos de los tesoreros reales en los ejércitos de Italia, Juan Grolier y Tomás Maioli, que crean la encuadernación de lujo en Francia, copiando, traduciendo y adaptando modelos italianos, no son casos infrecuentes. Los reyes no sólo acarrearón libros, sino pinturas, estatuas, joyas, muebles, armas vajilla... Los sucesores de Francisco I († 1549) sostienen con Italia relaciones cada vez más afianzadas, no sólo porque no cesan sus contiendas guerreras con España en la península apenina, sino, sobre todo, porque algunos de los soberanos contraen alianzas matrimoniales con princesas de la Casa de Médicis (Enrique II, con Catalina, y Enrique IV, con María). Estas princesas llevaron en su ajuar piezas como las del Tesoro del Delfín, regalos de boda de las poderosas repúblicas comerciantes y de príncipes y señores italianos: el espejo de María de Médicis, en el Museo del Louvre, en estrecha relación de estilo con la arquilla octógona del Tesoro del Delfín, en el Prado, obras probables de un mismo taller, son pruebas bien concretas. Y no son tampoco pequeña causa los celos artísticos de los monarcas franceses ante la captación de maestros de primera categoría en las ar-

## EL TESORO DEL DELFIN

POR

MATILDE LOPEZ SERRANO



tes industriales que Felipe II logró para su servicio.

La Corona de Francia debe a estos hechos, sin duda, la posesión de las Alhajas del Delfín (nombre con que se conocen estas piezas en los inventarios reales). Este tesoro fué acumulado por los Valois y los Borbones en los dos siglos más brillantes del arte italiano. Los vasos y demás objetos del Tesoro del Delfín debieron formar conjunto con el lote conservado en el Museo del Louvre, y sólo tienen parigual en los de Viena, Munich y Florencia, museos que, como el del Prado y el Louvre, deben sus fondos originales a las colecciones reales.

El Tesoro del Delfín no fué instalado a su llegada de Francia ni tampoco en el sucesivo reinado de Fernando VI; permaneció guardado largos años en el palacio de La Granja; las piezas aguardaron a ser admiradas descansando en el fondo aterciopelado de sus lujosos estuches, contruidos con magníficos tafletes negros o rojos, sembrados de lises y figuras doradas de curvados delfines (emblemas heráldicos del heredero de la Corona de Francia), que por sí mismos constituyen una hermosa obra de marroquinería artística, debida, probablemente, a los encuadernadores del Rey, ya que su ornamentación coincide en absoluto con las que se aplicaban a libros de la regia Cámara en aquella época.

Carlos III, al crear el Real Gabinete de Historia Natural, entregó las alhajas del Delfín en 1776, para mayor realce de la fundación. Durante la guerra de la Independencia, la colección quedó maltrecha, como consecuencia de su traslado a París por los franceses, pues al ser devuelta en 1815, habían desaparecido doce de las piezas (ocho de piedras duras y cuatro de cristal de roca), y casi todas las restantes habían sufrido averías bien patentes. Desde 1839 se hallan en el Museo del Prado, para donde logró obtenerlas, apoyándose en sus características de arte, el director, don José de Madrazo. Madrazo las instaló en unas hornacinas colocadas en los ángulos de una de las salas bajas de Poniente, que desde entonces tomó el nombre de Sala de las Alhajas. Las piezas no se limpiaron ni restauraron hasta 1886, siendo director don Federico de Madrazo, que encomendó el trabajo al orfebre Pedro Zaldos, quien había estudiado en la Escuela de Bellas Artes y era cuidadoso y entendido. Por entonces se trasladaron a unas vitrinas de hierro, en las que, en septiembre de 1918, se advirtió un importante robo de once piezas, quedando mutiladas otras treinta y cinco. Las piezas robadas no pudieron recuperarse. En 1937, con la guerra española, emigraron nuevamente, para regresar dos años después con algún desperfecto más e instalarse en su primitiva sala baja de Poniente, una de las más suntuosamente decoradas del gran Museo en la serie de mejoramientos realizados desde 1940.

El profesor Angulo Iníguez ha estudiado puntualizadamente la hermosa colección, al ser exhibida de nuevo (1944), clasificando su conjunto en dos grandes series: de piedras duras y de cristal de roca. Setenta y un objetos comprende la serie de piedras duras,



Vasos de cristal de roca, entre ellos los de la Montería, la Vendimia, las Cuatro Estaciones y los de formas de pavos, delfines y de barco.



Vasos de cristallado de roca con la gran Jarra de las sirenas, el vaso abarquillado de la Tortuga y los de forma de ave y delfín.

la mayor parte, ágatas y jaspes, y en menor número, jade y lápizlázuli; rica es, pues, la gama de su colorido, dominando en las ágatas el blanco lechoso, el amarillo ocre y alguna vez un bello tono ligeramente morado. Los jaspes son, en su mayor parte, de color verde intenso, con manchas rojizas, en contraste con el verde suave y cerúleo del jade; las notas azules de la colección proporcionan las el lápizlázuli y la turquesa.

El cristal de roca constituyó uno de los materiales de moda en el Renacimiento italiano, en el que fué apreciadísimo. El siglo XVI fué su período de apogeo. La serie de cristal de roca del Tesoro del Delfín es más reducida que la de piedras duras, ya que sólo son cuarenta y nueve las piezas conservadas; pero en su mayoría son ejemplares de excepción.

Casi todas las piezas del Tesoro conservan sus monturas y guarniciones de oro esmaltado, pocas veces de plata dorada y sólo cuatro piezas en cobre, también dorado. Muchos ejemplares van enriquecidos con piedras preciosas, aunque bien se comprende que estos decorados son los que menos habían de conservarse: diamantes, esmeraldas, rubíes, granates, turquesas y aljófares en algunas piezas realzan detalles y ornamentaciones, casi siempre incrustadas y alguna vez pendiendo de los bordes del objeto.

Los vasos de piedras duras adoptan muy variadas formas: aovados, ovalados, semiesféricos, tronco-cónicos y campaniformes; son, en su mayoría, copas: unas veces, de superficie lisa, y las más, gallonadas o con bollones; formas excepcionales son las de pequeño frutero (de Kylix griego), de venera o, una sola vez, de casco invertido; frecuentísimas, las abarquilladas, y no escasean las que llevan tapas, las sobre-copas de la época. Son también frecuentes los jarros en forma de aguamanil de iglesia, alargados y con la boca trebolada y aovados, generalmente adornados con gallones; no faltan algunos platillos o salvillas, alguna taza, perfumadores y dos cofrecitos: uno, rectangular, y otro, ochavado.

Abundan más los vasos de adorno que los de vajilla; así, varios presentan formas de ave, como el águila; otros, de animal, como el basilisco; algunos semejan barcos. También debieron ser decorativos los de forma de ánfora. Piezas ya de vajilla son las de forma de copa semiesférica y aovada, fruteros y compoteras, así como bandejas ovales u ochavadas, más profundas, llamadas azafates, y jarros de armoniosos cuerpos ovalados y semiesféricos y cilíndricos, al estilo alemán.

Las monturas o guarniciones de oro y plata van decoradas predominantemente con la menuda decoración de grotescos renacentistas: pequeñas hojas, ramillas recurvadas, bichos y cartelas; se completan con figuras de bulto, como sirenas, figuritas de niños y, sobre todo, dragones en las más irritadas actitudes; no faltan los delfines, los serpientes y hasta un gracioso caracol de huerta paseando su lentitud sobre la tapa de un primoroso vaso.

En los vasos de piedras duras se emplea algunas veces la decoración superpuesta de camafeos y entalles; éstos, en su mayor parte, son de época antigua; pero los camafeos resultan absolutamente coetáneos de las piezas que decoran—es decir, de los siglos XVI y XVII—.

En ellos se muestran bustos y cabezas, sobre todo de emperadores romanos; escenas, figuras mitológicas y algunos retratos de su tiempo, como el de Francisco I († 1547), el de Enrique IV (1594-1610) y el del cardenal Richelieu († 1642).

La calidad de los elementos que constituyen las admirables piezas del Tesoro del Delfín las acreditan como productos de los talleres más ilustres de su tiempo. La labra de las piedras duras, la del cristal de roca y la de camafeos y entalles tenía como centro principal en Italia a la ciudad de Milán: genios de ella son León Leoni y Jácome Trezzo, tan vinculados con España por estas artes; pero también fueron figuras milanesas de primer orden las de Alejandro Masgano y la familia de los Miseroni, todos ellos especializados en la talla de camafeos, a cuyos talleres pudieran pertenecer algunos de los mejores ejemplares de los que adornan las piezas del Tesoro del Delfín.

En cuanto a las piezas de cristal de roca, en las que abundan modelos de tan bellas formas y decoraciones, no parece que puedan atribuirse más que al mejor de los talleres milaneses que trabajaron este hermoso material: el de la familia de los Sarachi, cuya actividad se dilató durante un siglo (desde mediados del XVI hasta el segundo cuarto del XVII), coincidiendo su época de mayor fecundidad con los finales de la décimoquinta centuria.

En las piezas del Delfín, la más sencilla decoración grabada se reduce a la típica del Renacimiento: follajes y flores y bichas. Pero los mejores ejemplares presentan numerosas escenas de asuntos diversos, unas veces de carácter pagano (báquicos, de cacerías o marinos) y bíblicos (historia de Moisés), de bellísima factura.

No son escasas las piezas capitales en el rico conjunto de vajilla artística que constituye el Tesoro del Delfín. Deben destacarse, especialmente, por su mayor riqueza material y sus características de arte más depurado, el famoso salero de ónice, con sirena de oro y esmaltes, de coloración deslumbradora; el vaso de lápizlázuli, en forma de frutero, con dragones de oro esmaltado, cuyas enfurecidas actitudes prestan el movimiento apetecido para constituir las asas y el pie; las dos arquetas de plata dorada, con camafeos y entalles; el perfumador de ágata oriental, también con camafeos, y la caja de jaspe, en forma de polvera o bombonera, con camafeos de Neptuno y Anfitrite, ejemplares todos correspondientes a la serie de piedras duras. En las piezas de cristal de roca sobresalen la jarra ovoide, con sirena de oro en el asa; las copas en forma de animales, como la del pavo real y la del basilisco, que destacan por la perfección de su labrado, así como las figuras de barcos, de mayor barroquismo. Las obras maestras de la serie corresponden, sin embargo, a los ejemplares grabados, asimismo los de formas más elegantes; tal el vaso de la montería, atribuido a Francesco Tortorino, importante maestro de la glíptica milanesa en la segunda mitad del siglo XVI; el vaso de las cuatro estaciones, el de la vendimia, en forma de huso con sobre-copa; el de la Historia de Moisés, con figura de ánfora; la copa llamada de la tortuga, por la que constituye su pie, y la sin igual bandeja de los doce Césares, adornada con camafeos, atribuida al taller de los Sarachi.

